

República Dominicana vista por Samuel Hazard*

Miguel D. Mena**

La publicación en 1873 de *Santo Domingo, Past and Present; with a Glance at Hayti*,¹ del cronista norteamericano Samuel Hazard (1834-1876), tuvo un carácter fundante en los saberes sobre la media isla dominicana. Por primera vez se presentaban de una amplia y concisa manera imágenes y conceptos sobre el devenir de la parte española de la Isla de Santo Domingo, estableciendo algunos hitos fundantes de lo moderno nacional. Uno de ellos, tal vez el más predominante, inserto ya en el prefacio de la obra: la del dominicano en su hamaca, más que una situación de equipamiento, un estilo de vida.

Motivada por las propuestas de anexión de la naciente República Dominicana a los Estados Unidos, tema entonces debatido en el congreso norteamericano bajo la presidencia de Ulises Grant (1869-1877), no estamos simplemente ante una obra justificadora de aquella propuesta imperial. Hazard trasciende los márgenes del informe, la propaganda, la crónica, el reportaje. De todas asume recursos epistemológicos y explicativos, pero trasciende los planteamientos hasta entonces

* Conferencia pronunciada el 13 de agosto de 2021, con motivo del 150 aniversario del arribo de Samuel Hazard a la República Dominicana.

** Sociólogo, ensayista, editor y coleccionista de postales dominicano. Dirige el proyecto editorial alternativo Cielonaranja.

¹ Sampson Low, Marston, Low, y Searle, Londres.

realizados en torno al devenir insular. Por primera vez se trata de comprender, explicar e investigar los paradigmas sobre los cuales se ha sustentado eso que luego, en el siglo XX, se denominará «dominicanidad».

En *Santo Domingo: pasado y presente* se impone una metodología encicpedista, comenzando por la apropiación del archivo bibliográfico más amplio hasta entonces disponible, el conservado en la biblioteca del Museo Británico en Londres, la ciudad donde Hazard desarrolló sus investigaciones.² El hecho de que este autor escribiera el prólogo de esta obra en París nos permite especular la posibilidad de que reforzara igualmente sus investigaciones sobre los destinos dominicanos en la capital francesa.

En la primera parte de la obra disponemos de una brillante síntesis de la vida colonial de Santo Domingo. Dentro de su exposición no deja de incluir uno que otra observación particular, como preámbulo a sus vivencias. Tanto el comienzo como el final de la obra se podrían inscribir dentro de las habituales crónicas de viajes. Sin embargo, el diálogo establecido con aquellos saberes coloniales sobre Santo Domingo en el centro de sus investigaciones, su puesta en relación con las experiencias que ya había tenido en Cuba y su capacidad de buscar un pensamiento propio para el devenir de esta naciente República, lo sitúan dentro de la categoría del ensayo político.

Samuel Hazard logra con su obra situar históricamente la sociedad dominicana, en el marco caribeño y/o imperial, buscando definiciones para fundamentar un *imaginario dominicano propio*.³ Al tiempo que le da una respuesta concisa a los

² Para facilitar la constatación de las citas y otros detalles, utilizaremos la traducción al castellano de esta obra publicada en 1976 por la Sociedad Dominicana de Bibliófilos.

³ Apostamos por el concepto de «imaginario dominicano» como aquellos componentes simbólicos, reales e imaginarios sobre los que se

intereses norteamericanos, se lanza a la captación de los fundamentos sociopolíticos de esta media isla caribeña. Exposición de hechos, de pareceres, encuentros con paisajes y situaciones, todo se va matizando dentro de un amplio encuadre donde no deja de aparecer algún nivel comparativo. Provieniendo del imperio norteamericano, asumiendo la academia europea y contrastando lo encontrado con sus experiencias en Cuba, tendremos entonces una vasta panorámica de la naciente República Dominicana.

A diferencia de los dos grandes informes precedentes sobre la parte española de la Isla hasta entonces publicados —el de William Walton⁴ y el informe secreto de Randolph Keim⁵—, estamos ante un texto trascendental. Más allá de un trabajo de información sobre los beneficios mutuos que tendrían los Estados Unidos y la República Dominicana de proceder al acto anexionista, Hazard se propone un sendero de intelección sobre los avatares coloniales de Santo Domingo y su entrada en la vida republicana. Más allá de una producción periodística, al autor norteamericano lo motivaba una propuesta de exposición global, donde todo saber sobre la historia tuviese su valoración correspondiente. A ello debía estar motivado por su pericia artística personal, que le llevará a la acentuación y transcripción de lo mirado. El de Hazard se convierte así en uno de los

sustentan las percepciones de «lo dominicano», con lo que tratamos de trascender el hábito establecido ante la «identidad» dominicana, que sería un ente más metafísico, pretendidamente fijo y estructural en el tiempo, pero que según nuestras propuestas no ofrece una consistencia propia.

⁴ *Present State of the Spanish Colonies: Including a Particular Report of Hispaniola, Or the Spanish Part of Santo Domingo; with a General Survey of the Settlements on the South Continent of America* (1810).

⁵ *San Domingo: Pen Pictures And Leaves Of Travel, Romance And History, From The Portfolio Of A Correspondent In The American Tropics* (1870).

casos más peculiares de acercamiento a nuestro proceso de vida colonial: paralelamente, a través del archivo y de la imagen.

Tomemos en cuenta el balance que hace entre la buena cantidad de paisajes rurales y urbanos, tanto dibujos como grabados, y sus descripciones, que agrega a su obra, que cuentan como un saber. Recordemos «que ver es una práctica, concretamente una práctica performativa de apertura del mundo epistémica, ética y estética». ⁶ Algunas de sus propias producciones evidentemente se beneficiaron del auge de las técnicas reprográficas, entonces en boga, derivadas del invento de la fotografía en 1839, cuando la imagen fotográfica podía ser potenciada por el grabado.

Los saberes imperiales sobre Santo Domingo se habían establecido a partir de las crónicas viajeras desde los principios de la Conquista, variando hasta los informes producidos por enviados especiales de Francia, los Estados Unidos e Inglaterra hasta la primera mitad del siglo XIX. Para entonces, las dos partes de la Isla reflejaban las contradicciones inter imperiales de Francia y España. Desde Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557) con su *Sumario de la natural historia de las Indias* (1526) hasta Moreau de Saint-Méry (1750-1819), con su monumental *Description topographique et politique de la partie espagnole de l'isle Saint-Domingue* (1796, dos volúmenes), ⁷

⁶ Eva Schürmann: *Sehen als Praxis. Ethisch-ästhetische Studien zum Verhältnis von Sicht und Einsicht*. Frankfurt am Main, 2008, p. 14: «dass Sehen eine Praxis ist, und zwar eine performative Praxis epistemischer, ethischer und ästhetischer Welterschließung».

⁷ Merecería la pena transcribir el título completo de esta, publicada en Filadelfia por su autor: «Description topographique et politique de la Partie Espagnole de l'Isle Saint-Domingue; Avec des observation générales fur le Climat, la Population, les Productions, le Caractère & les Mœurs des Habitans de cette Colonie, & un Tableau raisonné des différents parties de son Administration». Accompagnée d'une nouvelle Carte de la totalité de l'Isle: by M.L.E. Morèau de Saint-Méry.

podemos apreciar los pilares establecidos alrededor del *ser* de la Isla de Santo Domingo. Con la obra de Samuel Hazard culminaría prácticamente la estatura colonial dominicana. De frente tendríamos a la segunda República Dominicana luego de su experiencia de anexión a España y la subsiguiente Guerra de Restauración (1863-1865). Blandiendo la amenaza por Haití, que no cesaba en sus reclamos de reunificación bajo su égida, las élites bajo la sombra del caudillo Buenaventura Báez buscaban entonces la anexión a los Estados Unidos.

Samuel Hazard llega en 1871, mediado por esta atmósfera de inseguridad, por la búsqueda de la paz y si no del desarrollo, del simple progreso. Trascendiendo la mera propaganda y el informe periodístico, realizó un trabajo multidisciplinario, que sintetizó esferas tanto del imaginario imperial como del colonial en sus interrelaciones.

Samuel Hazard: entre libros y aventuras

Samuel Hazard nació en Filadelfia, Pensilvania, el 1 de marzo de 1834, dentro de una familia letrada: su padre —de igual nombre (1784-1870)— era arqueólogo y archivero, ampliamente reconocido por la publicación de sus *Pennsylvania Archives*. En 1857 había visitado Cuba, como turista.⁸ En 1861 dejó la librería que regenteaba junto a su padre y hermano, en razón de haber sido llamado a las filas del 6º de caballería de Pensilvania, llamada «Rush's Lancers». Fue nombrado como teniente el 12 de septiembre de 1861, sirviendo hasta el 30 de abril del año siguiente, cuando decide retirarse por cuestiones de salud. Las exigencias de la Guerra de Secesión (1861-1865)

⁸ Ver Richard Gott, introducción a la reedición de *Cuba with Pen and Pencil*. Londres: Signal Books Ltd, 2007, p. XX.

lo llamaron nuevamente a las armas, en septiembre del 1863, incorporándose como capitán y llegando a servir en Fort Munroe.⁹ Estuvo en el frente en Fort Converse bajo el mando del General Charles K. Graham. En 1865 cesaron sus actividades militares, siendo dado de baja por razones médicas. Llegó al grado de Mayor del Cuerpo de Voluntarios, como se aprecia en el calce a su «Informe sobre el Valle del Río Yaque», firmado junto a Henry B. Blackwell.¹⁰ Hazard regresa a sus actividades editoriales y a sus trabajos como dibujante, accediendo a una nueva pasión, la del periodismo. En 1866 regresa a Cuba, para una estancia de varios meses. Dará a la publicidad en 1871 una enjundiosa obra la isla mayor caribeña, que se convertiría en un éxito editorial, *Cuba with Pen and Pencil*, publicada por la Hartford Publishing Company. Combinará entonces sus labores de librero con las de periodista.

Como Hazard apunta, «para sus particulares propósitos, así como para actuar como periodista independiente, el autor partió de Nueva York el primero de febrero de 1871 en el vapor *Tybee*, único buque de vapor que mantenía comunicación entre la República de Santo Domingo y los Estados Unidos» (pp. 5-6). Samuel Hazard se integraba a la comisión enviada por el presidente Ulises Grant a la República Dominicana para investigar y redactar un informe sobre su geografía y situación sociopolítica. A su regreso se casa y emprende viaje hacia Europa.

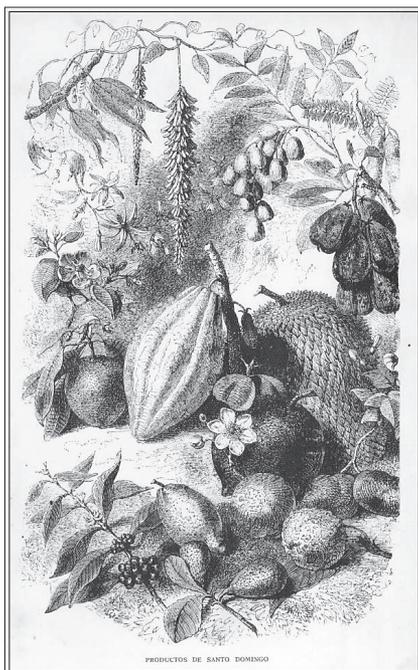
⁹ <https://es.findagrave.com/memorial/30075309/samuel-hazard>. Consultado el 21.10.2021.

¹⁰ Véase el *Informe de la Comisión de Investigación de los E. U. A. en Santo Domingo en 1871*. Prefacio y notas de Emilio Rodríguez Demerizi. Ciudad Trujillo: Academia Dominicana de la Historia, volumen 10, 1960, pp. 295-301. Este texto luego fue incluido, con modificaciones, en *Santo Domingo: Past and Present*.

La publicación de *Santo Domingo: Past and present* fue igualmente un éxito en 1873, conociendo varias ediciones entre Nueva York y Londres.

Samuel Hazard falleció en su Filadelfia natal el 10 de junio de 1876.

Pensando con imágenes



Un grabado con los principales productos agrícolas dominicanos sirve de introducción visual a *Santo Domingo: pasado y presente*. Cacao, níspero, guanábana, linones, canela, jobos, entre otros frutos, sirven de tarjeta de presentación de la obra, planteándonos de paso la *tropicalidad* del objeto a tratar.

En diálogo con el legado de Alexander von Humboldt y contemporáneo de Charles Darwin, Samuel Hazard participa de una sensibilidad por lo curioso y la conquista, por la resonancia constante del concepto «isla» en su obra. Todo lo que contará será como enhebrar un constructo insular: un punto en el centro del Mar Caribe, una referencia en un viejo mundo colonial, un hacerse cuerpo y al mismo tiempo desterritorializarse todo lo que prometían esas historias tempranas de cortes y altos niveles de riqueza. La isla queda y es lo que está ahora, enfrente. Recordemos lo que plantea María Zambrano: «la isla nos parece ser el residuo de algo, el rastro de un mundo mejor, de una perdida inocencia; la sede de algo incorruptible que ha quedado ahí para que algunos afortunados lo descubran» (p. 4).¹¹

Hazard parte una doxa imperial, en este caso, los Estados Unidos, que requiere nuevos argumentos poscoloniales para legitimarse de cara a la comunidad internacional y para avituallarse en su proceso de consolidación interna, de expansión de sus fronteras, de calmar su insatisfacción ante los territorios posibles de situarse bajo su égida. De ahí que antes que lo social esté lo natural, sirviendo de encuadre al sujeto. Estamos ante lo que Mary Louise Pratt llama "estrategias de inocencia», que no son más que «estrategias de representación por medio de las cuales los miembros de la burguesía europea tratan de asegurar su inocencia al mismo tiempo que afirman la hegemonía y la superioridad europeas» (p. 35).¹²

La siguiente imagen pone en escena al autor de la obra. Debajo de un jinete, que bien podría ser un romántico autorretrato, una idealización del viajero, del errante o del descubridor,

¹¹ María Zambrano, *Islas*. Edición de Jorge Luis Arcos. Madrid, Editorial Verbum, 2007.

¹² Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, p. 35.

Hazard le agradece al presidente de Cornell College, de Nueva York, compañero de andanzas, por su apoyo en sus exploraciones insulares. Ya en el prefacio accedemos a la primeriza imagen de lo nacional: un hombre que descansa en una hamaca, tipificación del concepto del tiempo y de los sentidos laborales de la joven sociedad republicana en ese espacio caribeño dominicano, trazado que no obvia la ironía de los trópicos, de su lasitud en asumir los nuevos tiempos del capital, que justamente cuestionan ese concepto de «siesta» o descanso hamaquero.

Tales imágenes no sólo expeditan el curso de la lectura, también plantean una estrategia de escenificación del sujeto insular. En *Santo Domingo: Su pasado y su presente* las imágenes tienen una significación equivalente a la palabra: ellas también ilustran, hablan, conceptúan al situar icónicamente los dispositivos asentados en la cotidianidad del sujeto dominicano.

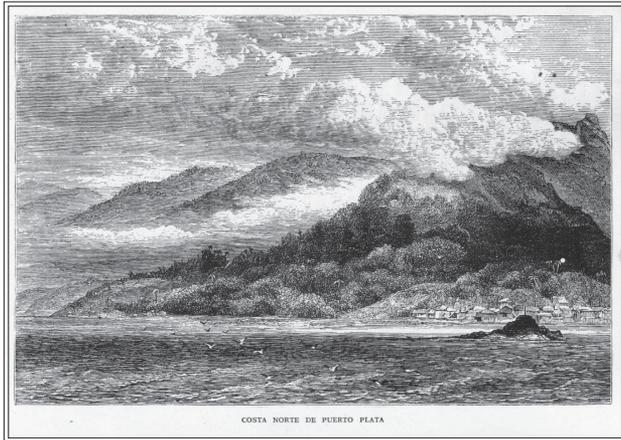
La República

La presentación del país comienza con la puesta en escena de la naciente República Dominicana o «República Santo Domingo» en el orden internacional: gracias a la atención prestada sobre la isla caribeña por los Estados Unidos.

«Señalada por sus infortunios y los de sus habitantes durante muchas décadas, casi había perdido en el pasado el concepto de su existencia como ente político, hasta el punto de que mucha gente instruida pensó que los nombres de Santo Domingo y Haití correspondían a dos países separados hasta que los deseos de la República de Santo Domingo de contar con la seguridad y protección de los Estados Unidos de América atrajeron de nuevo la atención hacia esta isla tan olvidada pese a su historia» (p.1).

Las indicaciones de Hazard se fundamentaron en sus experiencias personales, recogidas tanto en su país natal como en Cuba, reforzadas además por su gran apoyo documental, sus labores de archivista. Un importante recurso que tuvo a mano para disponer de una objetiva visión de las condiciones naturales de la isla, fue el mapa que en 1858 habían confeccionado Sir Robert Schomburgk y M. Mendez, del Cuerpo Francés de Ingenieros, la primera representación científica del país. Al referirse a su sistema de cordillera, resalta sus dimensiones y su capacidad de organizar el espacio caribeño:

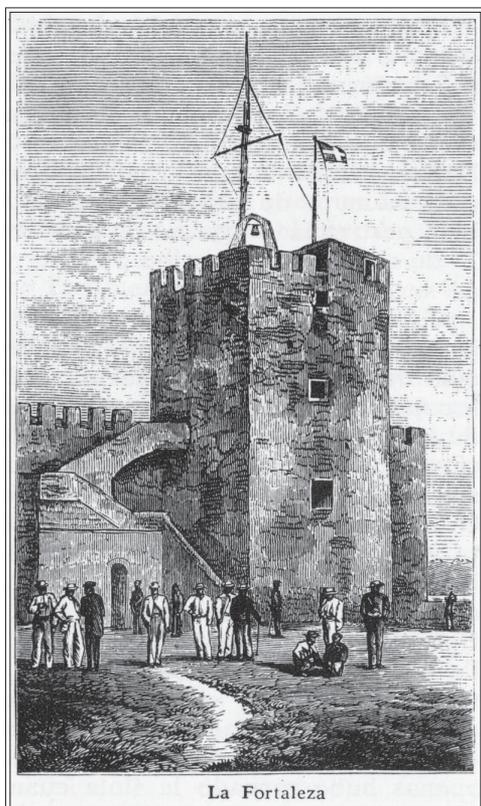
«Pero precisamente en esta forma abrupta reside, el verdadero secreto de su gran fertilidad, dado que estas montañas actúan como inmensos embalses naturales, cuyas aguas, a través de innumerables ríos, se distribuyen en todas direcciones. Son las barreras erigidas por la Naturaleza para protegerla de la violencia de los vientos, para atemperar los rayos de su sol abrasador y para variar la temperatura del aire». (p. 4).



El grabado de la costa norte de Puerto Plata ilustra la conjunción de la fuerza natural del sistema de montañas entornando el enclave urbano.

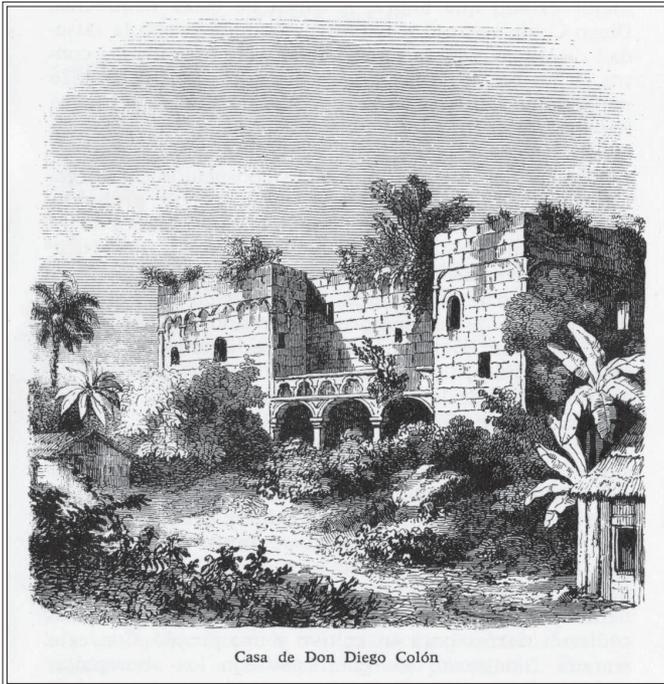
Recreando el imaginario colonial

Las fuentes más recurrentes para explicar la Colonia en la obra de Hazard fueron las de Gonzalo Fernández de Oviedo, Girolamo Benzoni y Pierre François Xavier de Charlevoix. A las ilustraciones contenidas en las obras de estos autores, que Hazard reprodujo puntualmente, se sumaron otros archivos, desde los de Marco Polo hasta autores anónimos de principios del siglo XIX, pasando por Theodor De Bry. El primer grabado propiamente que a Hazard se le podría adjudicar es el de la Fortaleza.



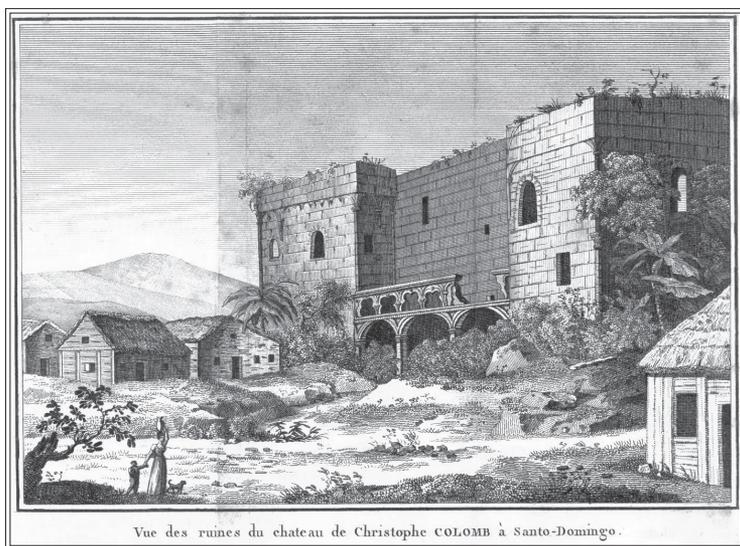
La Fuerza, la Fortaleza, Fortaleza Ozama: para cada época hubo un concepto particular para definir este espacio de usos múltiples, punto seminal de Santo Domingo.

La atención a este espacio tendría múltiples lecturas. Lo primero a tomar en cuenta, es que nuestro autor proviene de una reciente práctica militar, donde el principio de orden estatal fundamenta el conjunto de relaciones al interior de la ciudad y del sujeto. Luego, en el caso de Santo Domingo, está el tema de sus orígenes, sus fundamentos coloniales, que justamente partió de este espacio contiguo al río Ozama. Cárcel, regimiento militar, muro para la defensa, ubicado en la confluencia del río Ozama y del Mar Caribe, el espacio de la Fuerza o Fortaleza era fundamental en la ciudad, aun y cuando en lo geográfico no se ajustase tan exactamente ese principio de centralidad. Quien controlaba la Fortaleza igualmente dominaba la ciudad, el país, el acceso a la ciudad.



La Casa de Diego Colón, según Samuel Hazard.

La segunda imagen recreada es la del Palacio de Colón, llamada en esta ocasión «Casa de Don Diego Colón», con justeza. Resalta la atmósfera romántica, la envoltura de la estructura por una naturaleza que parece estarla forrando con la vegetación. Es importante resaltar el contraste de esta imagen con el grabado de Chez Arthus-Bertrand, incluido en la obra de Gilbert Guillermin, *Précis historique des derniers événements de la partie de l'est de Saint-Domingue, depuis le 10 août 1808, jusqu'à la capitulation de Santo-Domingo*.¹³



Grabado en la obra de G. Guillermin, *Diario histórico*.

¹³ P.-M. Lafourcade, 1810. Hay una traducción al castellano *Diario histórico: (Guerra dominico-francesa de 1808)*, Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1976.

Hazard se destaca de una visión concentrada en la obra de Guillermin y acentúa el carácter ruinoso de esta célebre edición, centro urbano de Santo Domingo. Hay una idea que sugiere el arropamiento por la naturaleza de un espacio de tanto valor histórico, como si se llamara a restaurar cierto orden gubernativo.

La tercera imagen original del autor es la «Vista calle en la ciudad de Santo Domingo»: es una vista que se orienta al sur, desde la actual calle Arzobispo Meriño, entonces llamada Calle de Los Plateros, próxima a la calle Padre Billini.



Un detalle curioso en el grabado de Hazard es el hecho de que no existiese el trecho de calle actual de la calle Padre Billini: la acera de la derecha presenta continuidad, como si fuese un bloque. Ello se entendería tomando en cuenta que justamente el edificio de dos pisos y con altillo, fuese la sede del arzobispado de Santo Domingo, y que el mismo incluye edificaciones anexas o un espacio integrado a su estructura. Sería importante tomar en cuenta estos grabados de Samuel Hazard en un principio más amplio que el hasta ahora expuesto sobre la historia urbana de la capital dominicana.

A la derecha se observa la Casa del Tostado, una de las viviendas mejor conservadas de los primeros tiempos coloniales, célebre por su ventana geminada. A la derecha, en la edificación de dos plantas, tenemos el local del arzobispado de la ciudad. Para destacar las dimensiones del conjunto residencial, se destaca la pareja de viandantes por la zona. La mirada hacia el Mar Caribe y la relativa imagen de bienestar que el conjunto revela, es un giro que introduce Hazard para también destacar elementales modernizables de la capital dominicana, de cara a una eventual incluso de la misma dentro de la Unión americana.

Con estas tres imágenes Hazard sustenta su discurso sobre la época colonial, la que concluiría en 1844 con la desocupación militar haitiana en la parte española de la Isla y la consecuente declaración de la República.

Recorrido por la nueva república

Cuando el cronista norteamericano comienza su expedición hacia Santo Domingo desde Nueva York en 1871 se apoya en un amplio saber literario e histórico, con algunos autores fundamentales, como Washington Irving, y su célebre biografía *Una historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón* (1828). A su llegada a Puerto Plata, cita el poema «Canción del emigrante», sin mencionar el nombre de su autora, la poeta inglesa Felicia Dorothea Hemans (1793-1835).

A partir del décimo capítulo de *Santo Domingo: pasado y presente*, ya estamos ante las vivencias insulares del autor.

La experiencia dominicana comienza en Puerto Plata de una manera muy particular, «tropical» por no decir pintoresca: «la costa se hunde tan paulatinamente que los barcos deben anclar a cierta distancia y ni siquiera los pequeños botes pueden

llevar a tierra a sus pasajeros, que deben montar a espaldas de los forzudos barqueros negros para llegar a tierra firme de un modo ciertamente ridículo» (p. 175).

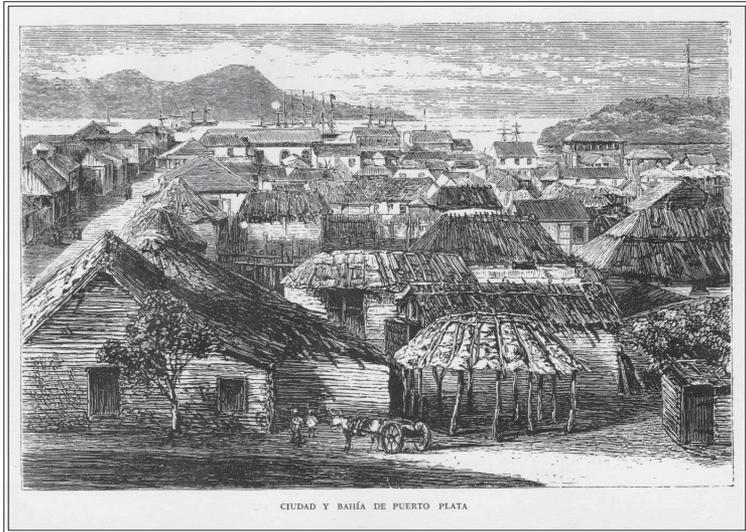


Fiel ciudadano de la revolución industrial, Hazard parte tanto de su experiencia como de una visión donde se privilegia el concepto de energía y celeridad: llegar presto dependiendo de la técnica eventual, pero no de algo tan primitivo como la espalda de un «obrero del transporte».

Más adelante refiere que «el desembarco no parecía de muy buen augurio, pues las calles de la ciudad no están iluminadas, y nos dijeron que estaban llenas de barro» (*Ibid.*). De Puerto Plata destaca su pertenencia a la primera hora de la urbanización colonial, el haber resurgido de sus cenizas del 1865, cuando sufrió los embates de la guerra restauradora, y de haber «sido reconstruida hasta cierto punto con casas regulares de madera, y en los suburbios con pequeñas cabañas de fibras de palma y mimbre, cubiertas de cañas», a partir de la mampostería (p. 176).

Puerto Plata es asumida a partir de la conjunción de sus referencias históricas, donde se presentaba como la puerta de entrada natural desde Europa y Norteamérica a la isla, resaltando el encuadre natural, dentro de las montañas, y asumiendo estado real de los dispositivos urbanos, marcados por su corrosión. Primero asume lo material de la ciudad:

«Sin embargo, hoy en día Puerto Plata es una ciudad de aspecto deprimente en la que la mayoría de las casas son de madera y generalmente tienen dos pisos de altura con balcones en el segundo; las principales de ellas, así como las tiendas, están situadas en calles paralelas que bajan directamente de las colinas a las aguas de la bahía. Estas calles son estrechas y mal pavimentadas, pero la situación natural de la ciudad es muy afortunada, pues proporciona amplio espacio para el desarrollo de una gran ciudad» (p.178).



Puerto Plata, según las visiones de Samuel Hazard.

Luego, Hazard la reubica en su logística militar, en la utilidad posible para un programa de desarrollo:

«La ciudad está situada en la ladera de una alta montaña que desciende suavemente hacia el mar formando en la costa una bahía en forma de media luna a cuya derecha se proyecta hacia el mar una isla unida a la costa por un tómbolo, que forma el panorama más romántico de la ciudad y su bahía; sobre ella se yergue la ‘fortaleza’ (?), un ruinoso conjunto de construcciones pétreas amuralladas construido muchos años atrás para protección de la ciudad. Ahora son ruinas desmoronadas y cubiertas de musgo, maleza y hierbas, formando un estudio de ruinas deseado por cualquier artista. Sin embargo, todavía se manifiestan como la

protección del puerto, y para fortalecer esta idea hay una guarnición de doce hombres y un mosquete, por no decir nada de varias piezas enmohecidas de artillería que no pueden dispararse, establecidos allí como puesto militar (?) permanente dominicano. / El puerto actual de Puerto Plata, aunque de ningún modo el mejor de la isla, es capaz de ser transformado en uno muy importante. La entrada no es demasiado buena a causa de los bajíos a cada lado, en los que el mar siempre rompe formando una fuerte resaca» (p. 179).

De la visión de la ciudad pasa a su papel de puerto, el más importante de la Isla. Ella es punto de salida para la producción local, sobre todo del tabaco, que «da vida y fomenta todo el comercio de la ciudad de Puerto Plata» (p. 180), y que sin embargo está en manos de los alemanes.

En cuanto a su componente social, Hazard cuenta que entre sus dos o tres mil habitantes se destaca su «población de color», la mayoría con cierto nivel de educación, inmigrante, donde el inglés jugaba un papel de gran significación, «muy diferente de la población cubana de su clase, que no posee como ellos la conciencia de su dignidad como hombres libres» (p.181).

Al situar la potencialidad de la industria agrícola destaca el cacao. Sobre el tabaco apunta que sería de calidad inferior al cubano, no por la naturaleza sino por el manejo de su manufactura. A esta especie de estudio de factibilidad Hazard le agrega las limitaciones de la caballería como instrumento laboral, «tan pequeños como las mulas» (p. 185), lo que limita sus posibilidades de carga y de manejabilidad en el traslado.

Al bordear la costa norte en dirección Santo Domingo, a Hazard le deslumbra el paisaje de Samaná, recordando su constante mención en las discusiones sobre las potencialidades económicas de la Isla.

Utilizando versos del poema de Samuel Rogers *The Voyage of Columbus* (1812) como epígrafe del capítulo XI, en el que refiere su travesía desde la Bahía de Samaná hasta la Costa Sur, Hazard se inscribe por igual dentro de cierta tradición colombina: el inventario de arcádicos paisajes de peces, plantas y ambientes para describir las bondades del espacio insular dominicano.

Sobre Samaná refiere que «la ciudad en sí no es más que un conglomerado de casas de una sola planta, algunas construidas de madera y la mayoría simples cabañas de hojas de palma en las que los nativos colgaban sus hamacas que utilizaban en lugar de camas» (p. 198-199). Nuevamente ajuares y estructuras habitaciones dan cuenta del grado de civilización al que se ha llegado.

De la confluencia del río Yuma y su desembocadura en la Bahía de Samaná destaca sus posibilidades comunicacionales hacia el corazón del Cibao. Comenta, incluso, la concesión que ya se le había hecho a una compañía para la construcción de una línea ferrocarrilera para esos fines, que sería el principio del despegue comercial final de esta región.

Más adelante Hazard llega a Sabana de la Mar, un «pequeño caserío formado por un centenar de viviendas aproximadamente, que en sus orígenes se pobló con emigrantes procedentes de las Islas Canarias» (p. 201), con una población de unas 300 personas.

El paisaje le va inspirando propuestas comerciales:

«En las tierras bajas y llanas podría cultivarse la caña de azúcar, a todo lo cual hay que añadir una gran riqueza forestal, con maderas apropiadas para el comercio y la construcción naval» (p. 206)

El único inconveniente para los planes desarrollistas de Hazard es la dominancia en esta parte de la costa de los manglares, donde «hay siempre más o menos ‘calentura’ en la región, lo cual en ciertas circunstancias puede terminar en tifoidea biliosa, o también en fiebre amarilla» (p. 207).

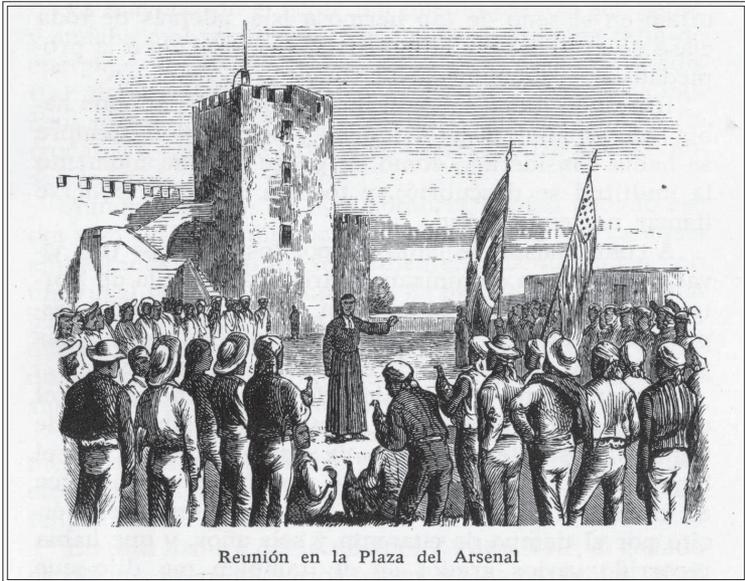
Del resto de sus andanzas por la región Este el autor destaca apenas dos enclaves urbanos: El Seybo e Higüey, refiriéndose al imperio de los hateros en el primero y al impacto de lo religioso en el segundo, el papel de su santuario a la Virgen de la Altagracia.

Santo Domingo

Lo primera experiencia social de Hazard en la capital dominicana fue una gran concentración militar —donde él calcularía como 600 participantes—, en la explanada de la Fortaleza. Un cura arengaría sobre las bondades de la anexión de la parte española de la isla a los Estados Unidos.

«Hablando luego sobre él mismo, dijo que aunque había sido español, puertorriqueño y dominicano, siempre se había considerado como su padre..., y todavía esperaba poderse llamar norteamericano» (p. 212).

Hazard describe su método de investigación: «haciéndoles preguntas sobre sus costumbres, esperanzas y experiencias» (p. 213). Periodista, antropólogo, político, los oficios se van combinando en un amplio reconocimiento del imaginario nacional.



Reunión en la Plaza del Arsenal

«Reunión en el Plaza del Arsenal», donde se destacarían las banderas de la República Dominicana y los Estados Unidos.

El capítulo XII se dedica íntegramente a Santo Domingo. Se citan unos versos entonces muy de moda en torno a la lucha antiesclavista, titulado *The World's Convention*, y dedicado a la hermandad antiesclavista londinense, escrito por el poeta norteamericano John Greenleaf Whittier (1807-1892):

*A holy gathering! peaceful all:
No threat of war; no savage call
For vengeance on an erring brother!*¹⁴

¹⁴ La traducción del último verso dejaría algo que desear: en lugar de «hermano errante», hubiésemos preferido «hermano descarriado».

En cada capítulo de su obra, Hazard asume estrategias escriturales particulares. En el dedicado a la capital dominicana, combina la crónica periodística con algunas propuestas que bien encajarían en la antropología social.

Su descripción sobre el encuentro con el presidente Buenaventura Báez y dos de sus principales colaboradores -el secretario de Estado Gautier y el ministro Delmonte- nos ofrece valiosas informaciones sobre aquella clase política de la segunda república.

Santo Domingo le parece como un trapecio, «ninguno de cuyos lados es igual ni paralelo» (p. 222), invalidando así esa imagen ya tradicional de la ciudad en ordenado damero. La actual calle del Conde era el eje de la ciudad: su vía por excelencia de este a oeste, desde las riberas del puerto hasta la Puerta del Conde.

El paisaje de sus construcciones no dista demasiado de lo ya visto en Puerto Plata. «Los arrabales de la ciudad -nos cuenta-, se componen de chozas de madera o adobe con techo de palmera o paja, pero en el interior de la ciudad muchos de los edificios son sólidos e imponentes» (p. 223). «La ciudad» a la que se refiere es la de intramuros, porque el resto todavía era, como el poblado de San Carlos, su sector externo.

Un relato de Hazard que nos revela el relativo atraso de la vieja colonia en relación al Caribe hispánico: «la carencia de cristales» (p-223) en sus edificaciones. Las zonas de «mayor vitalidad» son aquellas que «suben desde el muelle y los alrededores del mercado, y la arquitectura de sus construcciones, si no tan imponente, es más moderna» (p. 223).

Santo Domingo es centro histórico, capital, pero su principalía se vería cuestionada de tener éxito la ciudad de Santiago de los Caballeros. Debido a la fertilidad de sus suelos, a su posición geográfica y el proyecto ferrocarril, la capital cibaeña podría convertirse en el eje central del desarrollo de la isla.

Hazard revela uno de los aspectos menos destacados de la capital dominicana: el de su real significación en la economía, al margen de su papel político. En los hechos «la principal actividad comercial de la ciudad de Santo Domingo es el embarque de caoba, tintes y maderas finas preciosas procedentes del interior, así como el cuero de los rebaños del distrito del Seybo, pero así y toda su importancia es limitada» (p. 225).

Dentro de sus recomendaciones para su desarrollo aflora su visión capitalista de un país imperial, suponiendo la isla dominicana bajo la égida de los Estados Unidos, y pensando como un habitante típico del Norte que se desea vacaciones en el cálido sur:

«Esta ciudad podría constituir un lugar muy adecuado para una residencia invernal de inválidos, y ofrecería una hermosa oportunidad a los hoteleros emprendedores de establecer casas en el interior o en las afueras de la ciudad para residencia de las gentes deseosas de escapar de los inviernos septentrionales» (p. 234).

Luego de recorrer a pie y a caballo el interior y los alrededores de Santo Domingo, abordará los aspectos de seguridad, los restos del pasado colonial que se evidencian en las ruinas del monasterio de San Francisco y el papel del poblado extramuros de San Carlos, valorando de paso el antiguo tema del suministro de agua. Su exposición concluye resaltando el mercado de la ciudad, a orillas del Ozama, que se nutre de los agricultores que vienen de los altos de la ribera, teniendo que recorrer kilómetros «para traer unos doscientos plátanos» (p. 237).

El Sur, que no existe

Se ha llamado histórico «Sur» dominicano al territorio que va desde Santo Domingo hasta la frontera con Haití. Como seguramente escapaba a su presupuesto y tal vez a su interés, dada que la actividad productiva, política y social se concentrada en el Cibao, en la capital y en algunas ciudades del Este eran más prioritarias, Hazard apela a su archivo enciclopédico para adentrarse en el imaginario de este territorio, por lo demás el que disponía de mayor movimiento en los vínculos con Haití. Debido a que «entre la ciudad de Santo Domingo y la frontera haitiana no hay ninguna ciudad de importancia» (243), apela a lo ya escrito por Moreau de Saint-Méry en su *Description topographique, physique, civile, politique et historique de la partie française de l'isle Saint-Domingue* (1796).¹⁵

Al referirse a la ciudad de Azua de Compostela, destaca la presencia inicial de Hernán Cortés, el conquistador de México, remitiéndose al terremoto que en 1751 la destruyó. Luego de esa catástrofe, ese espacio se fue reconstituyendo, siendo «el solar de la familia [de Buenaventura] Báez, que tiene grandes posesiones en sus alrededores» (p. 249).

Tras definir las condiciones de estos más bien enclaves, Hazard realiza una interesante consideración sobre la generalidad de la cuestión urbana dominicana:

«Como todas las demás ciudades dominicanas, [Azua] es hoy en día una colección dispersa de casas de una planta construida de hojas de palma, paja y vigas de madera, agrupadas alrededor de un amplio espacio vacío honrado con el nombre de ‘plaza’» (p. 249).

¹⁵ Philadelphie Imprimé et se trouve chez l'auteur, imprimeur-libraire, au coin de Front et de Walnut Streets, no 84 1796.

Camino al Cibao

Una gran parte de la Comisión norteamericana que visitaba la isla para investigar y hacer propaganda en torno al tema de la anexión a los Estados Unidos decidió realizar una expedición por tierra desde Santo Domingo hasta el corazón del Cibao.

Hazard cuenta las pericias de aquellos enviados bien avituallados, pero también haciendo frente a lo maltrecho de los «caminos», a las dificultades en general de comunicación, a una gran prueba por recorrer el centro de la isla.

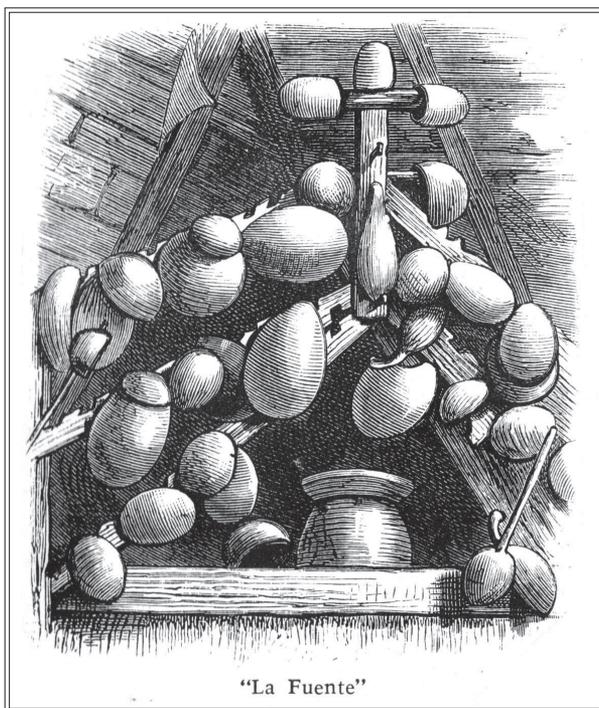
A pesar de haber arribado a enclaves de alguna nombradía histórica, como Cotuí, fundada en los primeros días de la Colonia, todas parecían una misma aldea con pretensiones de ciudad.

El encuentro del «camino real» se constituyó en una verdadera atracción, por el intento que fue de crear una vía consistente entre las ciudades del Norte, comenzando en Puerto Plata. Hazard realizó un grabado de esta vía, donde se destacaba la hilera de palmas, señal de ordenamiento del espacio comunicativo.

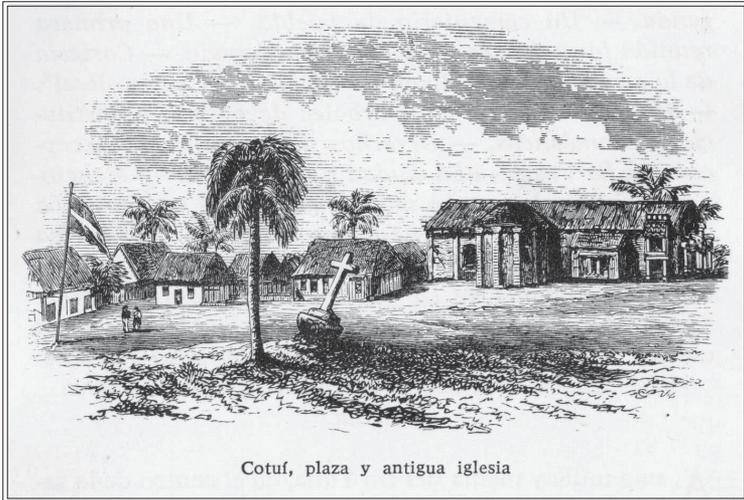


Ya en Cuba, Hazard se había maravillado por el concepto de las palmas como delimitadoras de vías de comunicación, desarrollo muy contrastante con lo que había vivido en su los Estados Unidos.

Uno de los detalles que más le llamó la atención dentro de esas comunidades campesinas fue la impronta cuasi precolombina de algunos ajuares, como la utilización de derivados de la calabaza para la elaboración de recipientes, cucharas, platos, etc. Esta imagen quedó registrada en un grabado titulado «La Fuente», donde se evidencia el peso que todavía tenía al interior de la sociedad dominicana la economía de la subsistencia. En algunos casos, hasta se podría hablar de la sobrevivencia de elementos consistentes de la cultura aborigen de la isla.



Santo Domingo: pasado y presente dispone de un gran valor antropológico. Revela usos, costumbres y dispositivos de la cotidianidad dominicana postcolonial, revelándonos un país todavía con la impronta de la auto subsistencia.



Cotuí, plaza y antigua iglesia

Como elemento normativo de la urbanidad colonial, la plaza. En su centro, una cruz inclinada, deteriorada, como mostrando el arruinamiento supuesto de la iglesia católica en la ínsula dominicana.

De La Vega a Hazard destaca los restos de una máquina de vapor, que se utilizaba en la industria maderera, la sobredimensión de un templo católico, todavía inacabado, y la confirmación del impacto que había causado ya en los viajeros coloniales la imagen del valle de la Vega Real visto desde las montañas.

Ante tan exuberante paisaje desde aquellas alturas, el periodista norteamericano asume el habitual discurso imperial, donde la naturaleza se convertiría en industria, lo «salvaje» e «inculto» en «una perfecta huerta de flores, frutos y hortalizas».

La redención de este panorama, su puesta en valor en función de las visiones imperialistas, se le hace claro al autor. Escribe a continuación:

«Pareceré muy materialista ante tales panoramas, pero no podía dejar de pensar en la esperanza de que pronto se podrá ser el humo de la locomotor del proyecto ferrocarril, que llevaría progreso, la civilización y la cultura a esta soberbia región» (p.315).

La idea de adentrarse por el noroeste le sería desaconsejado:

«Era mi intención penetrar en este paraje desconocido, pero al no poder conseguir un guía, me vi obligado a creer la afirmación de que es actualmente impenetrable, y que, de hecho, no ha sido atravesado desde hace muchos años por hombres blancos» (p. 317).

La próxima estación fue Moca, ciudad que encontró «activa y próspera» (p. 38). De allí destacó el componente predominantemente blanco de su población, la pavimentación de sus calles, con una iglesia bastante grande y un cementerio, «un lugar bastante bonito, tanto por su factura como por su situación» (*Ibid.*).

Sobre Santiago de los Caballeros Hazard refirió que «no posee edificio alguno digno de atención especial del viajero» (p. 327). Al igual que en Moca, encontró que la población era en su mayoría blanca, de unos 8,000 habitantes. Debido a su manera de organizar el espacio circundante comercial y conectarlo con los puertos del Norte -Montecristi, «se convertiría en el principal centro comercial de la isla, si no en la capital» (p. 328).

La riqueza natural, la autosuficiencia en temas vitales como el agua y los sistemas pluviales, convertirían eventualmente a la región en una pujante zona comercial, gracias a un nuevo renglón por impulsar: la ganadería. Hazard tomaba en cuenta que la distancia de seis días entre Nueva York y Puerto Plata haría factible la concreción de un mercado norteamericano para el vacuno dominicano.

Al final de su recorrido, destaca el contraste entre la significación histórica y la realidad del «pequeño pueblo, que es todo cuando queda de la que en un tiempo fue famosa, importante y populosa ciudad de Monte Cristi, reducida ahora a un simple depósito para la exportación de caoba y otras maderas que llegan allí procedentes de los campos vecinos» (p. 357).

Dos indicadores revelan para Hazard el desarrollo de los enclaves que va visitando: la calidad de sus casas, y curiosamente, el tipo de alojamiento. Una variable constante, sería la de los cementerios. Ello es comprensible por el lado protestante de su visión del cristianismo: el culto a los muertos indicaría los grados de valoración del individuo en tierra.

Al llegar a Montecristi, constató que estaba tan atrasado que la comisión tuvo que alojarse en un recinto propiedad de unos importadores alemanes.

A pesar de su estado de retraso, la cercanía de la Bahía de Manzanillo le representa uno de sus más valiosos activos, por sus condiciones para explotarse eventualmente como el principal puerto de la isla. Aquí desembocan los ríos Yaque y el Masacre. El trazo de una carretera que conecte esta región con Santiago de los Caballeros sería un espaldarazo a sus posibilidades de desarrollo.

En su valoración de los ríos en función de la economía maderera, señala los límites de esta explotación, resaltando lo rudimentario de la misma y los efectos eventuales sobre la misma naturaleza: el levantamiento de obstrucciones debido al peso de la madera, su entrapamiento en el barro y el consecuente cambio del curso de los ríos.

Aun así, destaca el gran valor de los bosques, aunque también señala el efecto nocivo que ha tenido su tala discriminada.

En esta zona también constata Hazard paisajes naturales como sacados de la narrativa de Moreau de Saint-Méry: la relacionada con especies endémicas de la isla, como la iguana y

los caimanes, en espacio cuasi desérticos o por lo menos, con escasez de agua.

En el trayecto de Montecristi hasta Guayabín el reto era el pasaje semidesértico, pero igualmente la exuberancia de sus paisajes, la particularidad de sus plantas, dentro de las cuales destacó las enredaderas y aquellas que no necesitaban tanto líquido para su desarrollo.

Debido a predominancia de lo rural, el propósito inicial de explicar la importancia de la anexión a los Estados Unidos a la población dominicana, Hazard acentúa cierta lírica periodística en sus descripciones.

Siempre atento a resaltar la cuestión étnica en lo poblacional y lo laboral -la predominancia de los afrodescendientes-, describe además las diferentes escalas del paisaje, dependiendo de la pequeña propiedad, el tipo de cultivos, la manera de enfrentarse el sujeto a sus condiciones medio ambientales.

Una muestra de esta precisión en el ritmo de su narrativa nos lo ofrece el siguiente fragmento donde describe el camino de Guayubín a Puerto Plata:

«Amanece un día húmedo y nublado. Mi caballo no ha comido más que la hierba que ha podido rozar, y está de pie, mojado de pies a cabeza y más muerto que vivo, mientras yo, a falta de otra cosa, me desayuno con una naranja y una taza de café, que es todo lo que mi huésped puede proporcionarme.

Ensillo y pronto vuelvo a estar en camino, a la vez que con la llegada del sol desaparecen la lluvia y la humedad. Toda la naturaleza sonrío a mi alrededor, pero en mi camino, el agua, el barro, los peñascos y los arroyos crecidos lo convierten en un sendero estrecho y sinuoso; adelante recuas y convoyes en dirección a Puerto Plata: caballos, mulas, hombres y mujeres cubiertos de barro; los hombres

descalzos y en camisa y pantalón corto; las mujeres con una simple tela arrollada al cuerpo que muestra más de sus formas de lo permitido por la decencia» (p. 389).

La llegada a la Isabela, el primer enclave del Nuevo Mundo, obra de Cristóbal Colón, no llegó a impresionarlo, debido a que los antiguos restos estructurales colombinos estaban casi sepultados por enredaderas.

Con la llegada a Puerto Plata se cierra el ciclo del viaje de Hazard a República Dominicana. Camino hacia ti, el viaje de la goleta duró ocho horas, entre Puerto Plata y Monte Cristi.

Samuel Hazard fue un agudo observador de la cotidianidad dominicana y la manera en que en la misma se configuraban tendencias a la configuración de un Estado moderno. Sin embargo, algunas taras post-coloniales todavía seguían restando calidad al ordenamiento estatal, como sería el caso de la anarquía dentro de los militares:

«Con él eran ya sesenta y cinco los generales que habíamos encontrado desde nuestra llegada a la isla; aunque en verdad no habíamos visto todavía ni una sola compañía de soldados. Así que supongo que se trata simplemente de una «cosa dominicana» (p. 352).

Dentro de las múltiples facetas de Hazard, también habría que considerar su condición de exmilitar y de haber servido durante la Guerra de Secesión, si bien apoyando el Norte, todavía asumiendo posiciones racistas. Todavía a él le resultaba incongruente que algún negro pudiese asumir altos puestos en el rango militar:

«Como ‘Federico’ era un militar blanco de buen aspecto y apariencia, esta pequeña ceremonia no me pareció mal,

pero cuando el General ‘tal’, un fornido negro como el betún, acercó su caballo al mío y dijo ‘Yo también, señor’, confieso que mi patriotismo se debilitó ligeramente, pero aún le permití darme un estrecho abrazo, cuidándome de evitar la amenaza de subsiguientes abrazos, por lo que me excusé diciendo que mi caballo estaba un tanto débil y cansado, y que debía apresurarme. De este modo nos despedimos, convertidos en los mejores amigos del mundo tras unos cuantos apretones de manos y cordiales adioses» (pp. 368-369).

Santo Domingo: pasado y presente tuvo un impacto inmediato sobre la historiografía dominicana local. José Ramón Abad lo cita en su *República Dominicana: La República Dominicana. Reseña general geográfico-estadística* (1888).

Con una frase de Samuel Hazard podríamos cerrar estas sus visiones sobre la República Dominicana: su apelación a la «Cosa Dominicana»¹⁶. Ironía, manera de acercarse a la informalidad o al primitivismo, la «cosa dominicana» sería nuestra seña identificatoria, lo que nos vertebra. La «cosa» se produce cuando Hazard tiene que embarcarse, pero no puede recorrer la ciudad porque hay una especie de ley marcial que impide cualquier movimiento. Aunque disponga de la misma anuencia del comandante, de ser validado por el gobierno central, la situación que se establece raya en lo kafkiano: simplemente no puede el comandante ceder al pedido de Hazard por el temor a perder un galón en su jerarquía militar. La «cosa dominicana» sería la antojadiza forma de manejarse los estamentos políticos, la cotidianidad «tropical», donde el autoritarismo y el capricho limitan la implantación de un orden racional, consensuado.

¹⁶ En el original inglés: «Cosa Dominica», p. 389.

La «cosa dominicana» no sería más que la extravagancia de una que otra autoridad local, al ejercer su micro-poder, asumiendo así un orden particular, marginal, pero válido en cuanto a su impacto en una circunstancia determinada.

Después de sus investigaciones en el país dominicano, Samuel Hazard se trasladó para Haití, como para completar sus visiones más sobre la isla que comparten las dos repúblicas. Pero ese campo ya escapa a las intenciones de este estudio.

Bibliografía

- Hazard, Samuel: *Santo Domingo, past and present, with a glance at Hayti*. London, S. Low, Marston, Low, & Searle, 1873.
- Hazard, Samuel: *Santo Domingo, su pasado y su presente*. Santo Domingo: Editora de Santo Domingo, 1974.
- Hazard, Samuel: *Cuba with Pen and Pencil*. With an introduction by Richard Gott. Londres: Signal Books Ltd. 2007.
- Pratt, Mary Louise: *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Traducción de Ofelia Castillo. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2008.
- Rodríguez Demorizi, Emilio, editor: *Informe de la Comisión de Investigación de los E. U. A. en Santo Domingo en 1871*. Ciudad Trujillo: Academia Dominicana de la Historia, volumen 10, 1960.
- Schürmann, Eva: *Sehen als Praxis. Ethisch-ästhetische Studien zum Verhältnis von Sicht und Einsicht*. Frankfurt am Main, 2008, p. 14.
- Zambrano, María: *Islas*. Edición de Jorge Luis Arcos. Madrid, Editorial Verbum. 2007.